

escena propia de *Las mil y una noches*. Años más tarde, Francisco Guai-caipuro Pardo remataría con un epíteto todavía más rimbombante, aunque también más occidental: *Emperatriz del mar de las Antillas*. Los años 60 y 80 del siglo XX, vieron nacer grupos literarios como *El techo de la ballena*, *Guaire* y *Tráfico*, entre cuyos proyectos, salvando las distancias, estaba el de asumir el discurso de la ciudad para la construcción de una poesía urbana. Aunque hubo resultados notables, y muy notables, pienso que la propuesta de Lozano y Pérez Bonalde, cándida y desternillante, sí, ha logrado, sin embargo, una mayor sedimentación mítica, una imagen legendaria en boca de todos. Faltaría entonces la construcción de una mitología más contemporánea.

Colocar a la ciudad dentro de un contexto que no le es propio (sultanes y odaliscas) no sólo revela una catadura poética sino que además informa de una manera nostálgica de vivir la ciudad. La ciudad está siempre más allá de sí misma; se afinca en la memoria de algo que ya no existe y conforma la silueta de su propio fantasma: «La miro desde hoy cual una triste / faz a través de ensombrecida reja» (Eduardo Arroyo Lamedá). Caracas es nostálgica porque los caraqueños la conjugamos en pretérito. No una *saudade* lisboeta ni una nostalgia melancólica porteña: el ritmo de la ciudad no lo permitiría. La nostalgia de Caracas es todavía más simple, aunque también más trágica. Presa de las urgencias inexplicables y las demoliciones endémicas, Caracas sólo puede asomarse al abismo de un futuro precario o sonreír a un pasado edénico que parece haber sido sustraído, desfalcado. La ciudad es el tránsito hacia sí misma (toda la ciudad lo es) pero en este caso el tránsito ha sido más bien una sacudida, una zancadilla. En el eje de estos movimientos espasmódicos, la ciudad y sus habitantes (que vienen siendo lo mismo) construyen una bisagra vital que oscila como un péndulo entre el desaparecido hotel Majestic donde se alojó Gardel en los años 30, y el gigantesco *Shopping Center Sambil* donde los caraqueños hilvanan hoy en día sus sueños de consumo.

Caracas es fronteriza porque está situada en el límite de su propio reconocimiento, y sus esfuerzos se traducen en la batalla diaria por encontrarse entre los cascotes de las casas coloniales demolidas, y los cristales de los edificios nuevos, donde se duplica su rostro incierto y asombrado. De ahí que muchos han creído ver en Caracas un fantasma, una especie de jinete (o conductor) sin cabeza junto al cual cabalgamos, por ejemplo, la avenida Bolívar. Caracas no existe, han dicho, y entonces la ciudad ha cobrado una dimensión distinta: ha recuperado para sí una dimensión abstracta, y ha logrado sobrevivir gracias a la configuración de una segunda urbe: una especie de meta-ciudad imaginaria donde se edifica a diario la

ciudad deseada y donde cada uno de los caraqueños cataliza y pondera su acción y estética civiles.

Esta ciudad imaginaria indica la portentosa facultad de abstracción del habitante de Caracas, su inigualable capacidad para situarse y organizar su vida en un territorio indefinido, básicamente construido a partir de ensoñaciones, de cascotes, de jinetes sin cabeza y demás metáforas de la incertidumbre. El caraqueño se ha convertido, quizás a su pesar, en un filósofo empírico de la ciudad, de su ciudad, aunque esta fuerza intelectual y gregaria no necesariamente se haya traducido en acciones efectivas y acertadas. Urbanistas *amateurs* y errabundos, los caraqueños invertimos grandes cantidades de tiempo en criticar, dilucidar, sorprendernos, averiguar o rechazar cualquier mínimo suceso que afecte no sólo la organización de la ciudad sino también su belleza, dando lugar a esa «ciudad otra» que es, en el fondo, la que se habita, cuando la otra sólo se soporta. Este ejercicio especulativo coloca al caraqueño al margen de la ciudad misma hasta el punto de poner en riesgo su condición de ciudadano y llegara ser, simplemente, un residente, un *vallipolitano*; no tanto un habitante sino prácticamente un viajero: un pasajero de las zonas fronterizas que la ciudad representa. Y como todo viajero, confunde los lugares y domicilios y entra en conflicto con su propia identidad geográfica: «si no sé qué es ni dónde está mi ciudad, entonces no sé quién soy ni dónde me encuentro».

Todo lo sólido se desvanece en el aire cuando pensamos en Caracas. No hay nada «permanente» en ella salvo su mítica montaña, el Ávila, y esto es un signo de su discreción. Caracas es una ciudad discreta: peligrosa pero discreta. A pesar de las altas torres del centro Simón Bolívar y de los edificios cuadriculados y espejeantes del Este, y a pesar del ruido de sus infalibles *Dodges Darts* y *Malibús* y *Fairlines 500*, Caracas es discreta. O mejor sería decir: desconfiada, un poco avara, suspicaz. Ella no se ofrece, no intenta seducir, no engaña. Con descaro parece decirnos a todos: «aquí estoy, aquí me tienes, así soy, ¿me tomas o me dejas?». Pero responder a esta pregunta no es nada fácil. Mutante, epiléptica, espasmódica, sus 24 horas son recorridas por una prisa que nadie logra explicar: «estoy apurado», dicen sus habitantes. Se trata, entonces, de una prisa opresora, es decir, un apuro, una acechanza. ¿De qué? No se sabe. La velocidad es vivida como principio narcótico, como goce. «Estar apurado» es, en el fondo, el ritmo apropiado, la evidencia de una extraña pero efectiva adaptación. Y no se trata de las prisas propias de una gran ciudad, donde los habitantes asumen horarios en la medida de sus ambiciones. Aquí la ciudad es la que va aprisa (cambia a diario, se modifica) y el habitante debe asumir el ritmo que el espacio cambiante le impone. Caracas avanza sobre sus habitantes y

esto revela una acechanza cotidiana y general el apremio de huir de ella. Porque sólo huyendo de ella conquistamos un domicilio, logramos habitarla. Caracas está habitada por el conjunto de todos sus exiliados (reales o imaginarios) y su densidad demográfica se determina por censo periódico de los que huyen.

Buhoneros, trapicheros, mercachifles y todas las formas de la economía nómada se dan cita en sus calles más céntricas para ofrecer a precios de remate mercancías de inquietantes polisemias: esqueléticos *Micky Mouses* que bailan inexplicablemente al son de La Patrulla 15, variedades de modelos *Ray-Ban* que atravesaron de milagro el canal de Panamá; exprimidores de naranja callejeros que llevan en sus carritos una esperanza ecológica y muchas gorras, franelas, sombreros, vestidos, calcetines, chaquetas, sobre los que debemos ejercitar hábiles piruetas para avanzar sin peligro de esguince y no dar un mal paso sobre las pantaletas en oferta. Este zoco efervescente y caluroso donde no hay, sin embargo, domadores de serpientes ni mujeres contorsionistas sino desempleados y esclavos de las mafias militares del contrabando, contrasta con la vida higiénica de los centros comerciales donde las gentes se pasean sin dinero en sus bolsillos como si se tratase de un jardín botánico o de un museo. Cuando salir a la calle implica un desafío y los ánimos no están para ofrendar nuestros ahorros en el altar del carterista, entonces los centros comerciales son una opción menos aventurada pero también menos emocionante. La fauna que habita en estos *Malls* despierta el interés del más perezoso teratólogo: beldades liposucionadas sobre altísimos tacones; caballeros que exhiben su musculatura fabricada en los *Gold Gyms*, y legiones de preadolescentes que avanzan como diminutos batallones publicitarios, llevando en sus torsos los logotipos de la NBA. Toda esta sobrecogedora nómina parece flotar sobre las parihuelas del agua de colonia de París, y entre ellos ocurre un atrevido intercambio de miradas que viene a elevar la temperatura del espacio controlado del *mall*, y deja en uno la extraña sensación de haber participado en una orgía pensativa: el lado más abstracto de la promiscuidad tropical.

Yo adoro de Caracas lugares tan especiales como la clausurada terraza del restaurante *Mi castillito* encaramada en las primeras pendientes del Ávila; el mirador del teatro Teresa Carreño desde donde se puede admirar el eje monumental de la avenida Bolívar que remata en las emblemáticas Torres del Silencio del arquitecto Cipriano Domínguez; «Tierra de nadie», explanada de la ciudad universitaria que integra los espaciosos balcones de la biblioteca con el gigantesco pasillo de las facultades; el soberbio paseo «Los próceres» donde antes se oficiaban emocionantes carreras automovilísticas; el hermoso y decrepito barrio La Pastora que mantiene una feroz

lucha contra la oligofrenia de los ediles; el patio interior de la Galería de Arte Nacional donde parecen conversar Praxíteles y Apeles bajo la luz diáfana del Caribe; la selvática avenida principal de La Castellana, flanqueada por centenarios y corpulentos jabillos; o el periclitado y extravagante bar-restaurant *Cordon Bleu*, donde uno puede tomar una *Polar* muy fría y muy barata mientras algo parece empujarnos a los primitivos cabarets de *Pigalle*.

Como toda ciudad latinoamericana contemporánea, Caracas ha querido imitar las urbes del Norte, y esa imitación se ha convertido en una caricatura y una sátira. Una caricatura por ser un remedo disparatado donde la vanidad más pueril ocupa el lugar de las carencias estructurales; y una sátira porque, después de todo, la ciudad parece reírse de sí misma, y sus habitantes se desternillan a diario en una suerte de cruel ejercicio autocompasivo, donde el verdadero propósito, por extravagante que parezca, es la comprensión de la realidad circundante y el trazado de una estrategia de residencia. Descentramiento, desterritorialización, fragmentación, desintegración, sideralización, multipolarización... todas las características de las grandes ciudades contemporáneas (y principalmente americanas) pueden ser utilizadas para nombrar a Caracas. El valle que la contiene hace tiempo fue rebasado y la ciudad inició un crecimiento periférico, adyacente y suburbano de características tan indetenibles como imprevisibles. Practicar un atlas de Caracas supone hoy en día la difícil tarea de poner a dialogar los grandes ejes emblemáticos y arquitectónicos de la ciudad junto a la prolija red de microurbanizaciones y barriadas pobrísimas que trepan por los cerros del valle hasta traspasar sus límites naturales. Dónde comienza y dónde termina Caracas son unas preguntas que apuntan directamente a su identidad y, por lo tanto, a su potencialidad como domo u hogar posible. Está claro que el auxilio del catastro y las fronteras municipales cumplen una función administrativa y taxonómica, pero la verdadera ciudad comienza y termina donde comienza y termina su leyenda, de manera que las ciudades están hechas con la misma materia de sus mitos. ¿Cuál es la leyenda de Caracas, cuál es su mito? Podríamos hurgar en el toponímico de El Silencio, como hicimos al inicio, y encontrar allí un signo aciago y dramático pero extraordinariamente fértil; podríamos ir tras la pista de Alonso Andrea de Ledesma, quien desafió en solitario a los piratas del capitán Amyas Preston en 1595 y murió en combate por defender la ciudad; podríamos entresacar numerosos sucesos de la guerra de independencia o el terremoto de 1812, pero la verdadera leyenda de Caracas está por escribirse, y también por imaginarse, porque no pasa por una circunstancia olímpica, heroica o conmemorativa, sino más bien por algo entrañable, cer-

cano, no hecho de la talla de algo gigante sino próximo, inmediato y fabricado a nuestra medida.

Oculto entre la precipitación y la emergencia de la ciudad, la leyenda puede pasar inadvertida: si caminamos por el *boulevard* de Sabana Grande y advertimos el batiburrillo que forman los sesudos ajedrecistas, los niños de la calle, el policía y los intelectuales que remojan sus horas en un largo café; si vagabundeamos a lo largo del parque Los Caobos y oímos a lo lejos las risas de las familias que meriendan sobre la hierba y juegan a la pelota; si subimos a las cumbres del Ávila y nos abandonamos a la contemplación de la ciudad y a su incesante ronroneo; si conversamos con un amigo bajo la plaza techada de la Ciudad Universitaria donde el tiempo se identifica con la luz enlazada... Las ciudades adquieren la misma forma de las miradas y del ánimo que propician. Sus habitantes logran establecer el orden invisible que rige sus estructuras más profundas. Si necesitáramos de un adjetivo que designe a Caracas quizás deberíamos elegir entre «ciudad pasajera» o «ciudad continua», como aquella Leonia que describe Italo Calvino en su libro caleidoscópico y entrañable: «... más que de las cosas que cada día se fabrican venden compran, la opulencia de Leonia se mide por las cosas que cada día se tiran para ceder lugar a las nuevas. Tanto que uno se pregunta si la verdadera pasión de Leonia es en realidad, como dice, gozar de las cosas nuevas y diferentes, o no más bien el expeler, alejar de sí, purgarse de una recurrente impureza»³. Caracas, como Leonia, está hecha de todo lo que ha expulsado, de todo el conjunto de sus demoliciones. Caracas se ha exiliado de sí misma buscando en lo nuevo y lo original lo que no ha podido hallar en su memoria. Su historia es un listado de numerosos proyectos emprendidos y nunca acabados: el damero colonial desaprovechado como patrón urbanístico; la ciudad afrancesada con la que soñó el «americano ilustrado» Antonio Guzmán Blanco; los suburbios ajardinados de estilo neocolonial; el proyecto racionalizador de El Silencio; la utopía de las autopistas veloces y los *shopping centers*. Todos y cada uno constituyen sueños interrumpidos, suspendidos, abortados. Inestable en su propio pasado, a Caracas le queda la fascinación por un futuro repleto de perplejidades. Si toda ciudad guarda otra ciudad oculta, Caracas debe hacer su propia arqueología y sacar a la luz sus secretos mejor guardados. Contraria a las ciudades «ya hechas», Caracas se abre a la busca de su propio signo –su carácter movedizo e inquieto es prueba de ello. Más allá de las ciudades-museo o de las urbes-vitrina, más allá de los artificios y maquillajes del turismo, Caracas no descansa en la busca de algo que, posiblemente, ignora, y sus habitantes somos los protagonistas de un verdadero laboratorio de mutaciones.

³ Las ciudades invisibles, *Italo Calvino, ediciones Minotauro, Buenos Aires, 1974, p. 112.*